

La inocencia de las mariposas

El amo del insectario más bello de la gran ciudad se reía al recordar aquel fatídico 2020. El hombre, de mirada sombría, gozaba al pensar en el enigmático virus que asoló sin piedad a la población terrenal. Qué fascinante le resultaba, al anciano de la sonrisa torcida, esta desdicha que afectaba casi todos los rincones habitados por ellos, esos seres egocéntricos, que con soberbia y sin freno destruían su hogar.

Los que poco perdieron durante la época de la incertidumbre -recordaba el viejo- eran los que más gimoteaban. Ni el desempleado, que se aterraba ante su incierto futuro, ni los que querían al muerto, cuyos restos, no pudiendo yacer bajo tierra, volaban en el aire; menos aun los que cargaban con el peso de decidir, sabiendo que toda decisión, coherente o no, sería repudiada. Protestaban los que tenían el estómago lleno, la casa limpia, el banco intacto, los queridos cerca y el tiempo vacío. Eran como un rey que reclamaba al pueblo hambriento la falta de rosas en su edén.

El amo suspiraba, avergonzado por la estupidez de la raza, cuando pensaba en las vacuas promesas que muchos, sin intención alguna de cumplirlas, se realizaban para encontrar consuelo. Estos, juraban, desesperanzados, que jamás volverían a quejarse por el trabajo que tanto extrañaban hacer; que visitarían sin falta y desgano a los vetustos y aceptarían con gracia, una vez que el peligro se hubiese ido, los cariños que les eran ofrecidos.

También sentía en esa época una leve compasión por la juventud, por los que veían con impotencia y congoja cómo la parte más fecunda de su vida, cómo agua, se escapaba a través del tiempo cruel... que no se detenía, que no se paraba para contemplar a la nubilidad sufriente, en cambio seguía su curso como si nada. Él, que repudiaba a la humanidad, se identificaba, ahora -tanto cómo en ese tiempo- con el Cronos, indiferente ante los estúpidos lamentos.

Trágico fue, eso sí, cuando la sombra cadavérica cortó, en la época más lozana, un gran número de flores; cuando barrió las hojas otoñales, cuando secó la lluvia veraniega y cuando aprovechó, más que nunca los tiempos fríos. Estos sucesos no inmutaban al del primoroso jardín, pero sí le causaba una fuerte estupefacción el comportamiento de sus semejantes. En su mente, estas conductas se parecían, más que a las suyas, a las de los seres endeble que aprisionados volaban en sus dominios. Se preguntarán qué relación habría entre la conducta emocional de una población encerrada y la de una pobre mariposa. La respuesta a esta pregunta es muy simple: las mariposas del melancólico ser veían, diariamente, a algunas de sus hermanas posarse en la flor más paradisíaca y etérea que uno podría imaginar. Pero, no era la flor lo único que las encantaba, sino el fuego que ardía bajo la planta dichosa. Porque era esa misma lumbre la que terminaba con sus breves e ignorantes existencias. Al no ser seres racionales, ver arder a otras tenía poco efecto en ellas, que, justo como esperaba el carcelario, ante la misma situación, incapaces de no morder la manzana, unas a unas sufrían el destino de las anteriores.

Lo sorprendente era que los humanos, que tanto se jactaban de su inteligencia, de ser capaces de actuar con perspicacia, actuaran tan neciamente como estas aladas. Conscientes del peligro al que se exponían, habiendo escuchado cómo tantos perecieron por traspasar los tediosos límites; con todas sus facultades intactas aun decidían correr el mismo riesgo. Perturbadora era la gracia que le causaban estos pensamientos al único ser que, bajo tierra y en su jardín, disfrutaba al recordar esa época en que los humanos morían como mariposas.

